

24 OCTUBRE 2010  
DOM-30C



ECLESIASTICO 35,15-22: Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan.  
SALMO 33: Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha  
2 TIMOTEO 4,6-18: He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.  
LUCAS 18, 9-14: Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido

## 1. CONTEXTO

### FARISEO Y PUBLICANO

El piadoso y el granuja son "el fariseo y el publicano". Son el decente y el sinvergüenza, el hombre religioso y el pecador. Al contar esta historia, Jesús hace una dura crítica a la piedad orgullosa de su tiempo y de todos los tiempos. También está hablando de su conducta personal: Jesús estuvo habitualmente rodeado de estos granujas y sinvergüenzas, algunos de ellos formaron parte de sus discípulos más cercanos y su buena noticia fue dirigida a ellos. A Jesús le simpatizaba esta gente. Al hablar y actuar así estaba revelándonos, en su vida y con sus gestos, cómo es Dios. Un Dios cercano a los miserables y alejado de los que se creen perfectos.

El movimiento fariseo, compuesto por laicos varones, tenía mucha importancia en tiempos de Jesús. Se calcula que contaba con más de 6.000 miembros por entonces. Aunque los jefes del movimiento eran personas instruidas y de clase social elevada, tenían muchos adeptos entre las clases populares. Sus comunidades eran cerradas -como sectas-. Se consi-

deraban los buenos, los salvados, los predilectos de Dios. Para entrar a formar parte de estos grupos fariseos se seleccionaba mucho a los candidatos y había un período de formación de uno o dos años.

El centro de la práctica farisea era el cumplimiento escrupuloso de la Ley, según la interpretación que ellos mismos hacían de la Escritura. En tiempos de Jesús habían establecido 613 preceptos en la Ley. De ellos 248 mandamientos eran positivos y 365 eran prohibiciones. Convertían así la voluntad de Dios -la Ley- en un yugo pesado y agobiante. Los fariseos despreciaban profundamente a la masa del pueblo y estaban convencidos de que era gente incapaz de conseguir la salvación. Gran parte del mensaje de libertad y esperanza de Jesús recobra su sentido al contraponerlo al estilo de vida que llevaban y trataban de imponer los fariseos.

**Los fariseos habían logrado captar** a algunas capas populares, porque eran anticlericales. Estaban en contra de la jerarquía sacerdotal y proclamaban que la santidad no era solamente cosa de sacerdotes, sino que cualquier fiel laico podía llegar a ella. Sin embargo, esta verdad la desvirtuaron profundamente al interpretar en la práctica en qué consistía ser santo. Lo reducían todo a cumplir escrupulosamente una serie de actos piadosos: ayuno, limosna, rezos. Eran formalistas, y vivían de ritos. Salvarse para ellos era una cuestión de acumular más y más méritos. Ayunaban los lunes y los jueves (la Ley sólo ordenaba un día de ayuno al año), pagaban al templo impuestos (los diezmos) hasta por yerbas insignificantes, marcaban fanáticamente la distancia con "los pecadores". Estos eran, justamente, los glotones y borrachos, los que entraban en juegos de apuesta, los que estaban metidos siempre en trampas y engaños... Los "granujas".

**El mensaje constante de Jesús** -en gestos, palabras, en parábolas- de que Dios está interesado especialmente por los pecadores, por los sinvergüenzas, de que éstos están, en consecuencia, más cerca de Dios que los piadosos, provocó siempre una airada protesta de parte de los fariseos. Aquello les era intolerable, pues siempre habían vivido seguros de su piedad. Y eso es justamente lo que Jesús les echaba en cara. El Evangelio viene a decir que no hay nada que aleje más al hombre de Dios que la piedad segura de sí misma. Los fariseos creían que a los granujas les era prácticamente imposible salvarse. Jesús invierte todo: a quien le es difícil la salvación es al hombre "piadoso", porque lo que le separa de Dios no son esos pecados tan gordos, sino esa piedad que conduce a la insolencia, a la soberbia, a la seguridad, esa actitud en la que prácticamente no hay esperanza de conversión. Los granujas, por el contrario, están más abiertos a la humildad, a reconocer sus faltas ante Dios.

## 2. TEXTOS

### 1ª LECTURA: ECLESIASTICO 35, 12-14. 16-18

*El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.*

Dios escucha los lamentos del pobre, del huérfano y de la viuda. Podrán ser desatendidos por los poderosos del mundo, pero Dios no los olvida. El Dios de Israel siempre ha sido visto como juez misericordioso a la vez que justo. Con los pobres y oprimidos ejerce la misericordia, escuchando sus súplicas; con los malvados y soberbios actúa severa y firmemente. A lo largo de todo el texto resuena el vocabulario usado para describir la esclavitud de Israel en Egipto. La conclusión es clara: un pueblo oprimido que experimentó la liberación de Dios no puede permitirse el lujo de convertirse en explotador de los débiles.

### SALMO RESPONSORIAL: SAL 33

#### **R. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.**

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. **R.**

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. **R.**

### 2ª LECTURA: 2ª TIMOTEO 4, 6-8. 16-18

*Querido hermano:*

*Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente.*

*He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.*

*Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.*

*La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone.*

*Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león.*

*El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

Hay dos maneras de dar la vida por Cristo: una, gastarla día a día tratando de que todos lo conozcan; otra, derramar la sangre por su causa.

Imitar a Pablo, que supo darla de las dos maneras, es un reto para sus discípulos. Este pasaje es el mejor epitafio sobre el sepulcro de Pablo. Al fin el atleta ha conquistado la ansiada *corona de salvación* por la que corría desde antiguo (1 Cor 9,24-27).

El material para construir esta especie de **resumen biográfico de los últimos días del apóstol**, está tomado de las otras cartas paulinas, en particular de Colosenses y Filemón. La figura de Pablo aparece claramente idealizada; su enseñanza adquiere un valor permanente; su trayectoria humana y apostólica se convierte en modelo para todos los cristianos.

Tal vez este pasaje refleje en cierto modo la experiencia vivida por la Iglesia en la segunda generación cristiana. Son tiempos difíciles en los que lo más importante es mantener fielmente la ruta emprendida, a pesar de todas las dificultades y tribulaciones.

### EVANGELIO: Lucas 18, 9-14

Como dije la semana anterior, la liturgia nos ofrece dos evangelios sobre la oración, con dos secuencias: **la insistencia y dos maneras de hacerla**. Estas dos secuencias del capítulo 18, se corresponden con otro pasaje del mismo evangelio en el Cáp. 11, 1-13, pero de forma invertida.

Esta parábola, propia de Lucas, es para Schökel muy importante porque describe satíricamente un tipo de religiosidad falsa y le contrapone un personaje auténtico. Los dos son figuras tipo que se pueden dar en cualquier tiempo y en todas las latitudes. **Es una historia ejemplar.**

**Los elementos** de esta breve historia, nos dice Bovon, están narrados con una simetría hábilmente desequilibrada. Entre los elementos paralelos hay que señalar la presencia de los personajes en el templo, el interés prestado al lugar que ocupan y la actitud que adoptan, la oración que pronuncian y la mención del Dios que invocan. **Entre las diferencias están:** la amplitud de la oración del fariseo comparándola con la breve exclamación del publicano y la extensión de la presentación de éste con el breve apunte del fariseo.

**18:9** *En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:*

En esta segunda parte de la enseñanza sobre la oración -están de camino a Jerusalén y continua la formación de los discípulos- Lucas contrapone la oración arrogante del fariseo a la sencilla y confiada del recaudador. La intención parece que se centra en **la formación de todos ya que algunos se tenían por justos despreciando a los demás**. Algunos de los discípulos pertenecen a la mentalidad farisea (16,15).

Esta gente que se creen justos, no son los que tienen una confianza legítima en sí mismos, sino aquellos que **solo sobreviven criticando a los demás**, que tienen una pretensión más social que psicológica de pertenecer a un estrato superior de la población y hacer que ello se perciba a su alrededor. Estos perso-

najes además, tienen la seguridad excesiva de una buena conciencia, y de una conciencia de clase.

**10 - «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano**

**Dos figuras representativas** del judaísmo de la época. Subieron desde la ciudad al monte del templo, desde sus respectivas casas a la "casa del Señor". En el templo se podía orar a cualquier hora del día. Para la oración pública se podía hacer o bien a las nueve de la mañana o bien a las tres de la tarde (tercia y nona)

El primer personaje es un fariseo. En aquel tiempo era tanto como decir una persona admirada y respetada. Es un hombre religioso porque va al templo a orar.

Luego está el publicano. Era un recaudador de impuestos. Se les despreciaba porque estaban al servicio de Roma. Pertenecía al grupo de los pecadores. A pesar de ello, es un hombre religioso porque también acude al templo a orar.

**11-12. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:**

**"¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."**

Lo hace siguiendo la costumbre de aquel tiempo: puesto en pie. Es la postura de la dignidad y del respeto a sí mismo y a los demás, porque nos permite mirar de frente, a los ojos. Hasta ahí todo va bien. Lo malo es lo que dice en su oración: da gracias a Dios por no ser como los demás. **Sus palabras reflejan un yo hinchado:** autosuficiencia, vanidad, engreimiento, soberbia, menosprecio de los demás... estaba como quien dice: encantado de haberse conocido. Se dedica a retratar su espléndida figura poniendo como contrapunto, como fondo oscuro, la vida de los demás. Y de querer convencer a Dios de lo buenisima persona que era.

La acción de gracias se recita en el AT por los beneficios recibidos de Dios; el fariseo lo pervierte dando gracias a Dios por su propia bondad, la de sus obras y observancias (Dt 14,22)

Y ahí está el fallo. Porque ¿a quién queremos engañar, si El lo sabe todo?

**13 El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.**

Se puede ser un pecador y sentir en lo profundo la necesidad de Dios. Este hombre se esconde en un rincón para orar. Está avergonzado. Por eso reza con los ojos mirando al suelo. Y lo hace con un gesto muy expresivo: se golpea el pecho, el corazón, es decir, la conciencia. Su oración, además, es bien simple: "Ten compasión de mí, que soy un pecador". No tienen méritos que presentar sino acogerse a la misericordia del Señor. Cuando uno es consciente de su pecado no pierde energías pensando en los pecados de los demás. Es un hombre humilde.

**14 Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»**

Jesús pone a cada uno en su sitio, desenmascarando la religiosidad de cada uno y termina dando una sentencia, como si fuera un juez: el primero salió como entró. Sólo el segundo quedó justificado. La soberbia lo único que hace es empeorar las cosas. La humildad las remedia. El que se levanta sobre los otros para parecer más grande será humillado. El que se humilla reconociendo sus errores y pecados será fortalecido. El que se justifica a sí mismo permanece en su error. El que reconoce sus errores y pide perdón está en el camino de la superación. Dios está con los humildes y en el bando contrario de los soberbios.

### **3. PREGUNTAS... PARA VIVIR HOY EL EVANGELIO**

**1. ... algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás...**

A Dios no le caen bien, y creo que a ninguno de nosotros, **los engreídos y orgullosos, los poderosos, los seguros de sí mismos o los que se creen buenos y salvados.**

Las imágenes de los dos que fueron al Templo a orar son muy **significativas y actuales**. El baremo de aceptación no está en el dinero (el publicano podría tener mejor posición que el fariseo). El fondo de la cuestión es la sensibilidad que cada uno tiene y el valor que le da la sociedad.

**El fariseo** se siente seguro y orgulloso de sí mismo porque llevaba una vida irreprochable. La sociedad le valora positivamente como hombre bueno y cumplidor. De él, dice Jesús que volvió a su casa igual; su oración no le valió de nada. No conoció la mirada compasiva del Padre.

A Dios no le gusta la gente tan segura de sí misma. **Y la iglesia está llena de gente segura, orgullosa y poco tolerante.** Incluso entre los jerarcas de nuestra querida Iglesia. Poco samaritana y compasiva muchas veces.

El **cobrador de impuestos** estaba valorado socialmente como un pecador, traidor, vendido al ocupante romano. Es odiado por todos. Pero ante Dios se siente pecador. Dice el evangelio que ni se atrevía a levantar los ojos del suelo. **Para este hombre, Dios es su salvador, su roca, su auxilio y su apoyo.** Jesús dice que volvió a su casa cambiado por dentro, siendo mejor persona.

- **Nosotros: ¿cómo nos presentamos ante Dios? ¿Nos presentamos creyendonos buenos, sin necesidad de perdón, de salvación?**
- **¿Cómo ando de humildad, de sencillez, de simplicidad, de apertura, de sensibilidad... yo que estoy en tantos grupos, que me creo tantas cosas, que me ensalzan tantas veces...?**

## 2. LA IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN EN EL SEGUIMIENTO.

Lucas le da mucha importancia a la oración constante, humilde y confiada, en el proceso de seguimiento. Es uno de los temas preferidos del "camino".

Resumo algunos puntos de una carta pastoral de los obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria sobre la oración, de hace unos años, que me parece muy interesante:

“La oración cristiana **nace del seguimiento** fiel a Jesús. **El modelo para dirigirse a Dios es Jesús**. Por eso, tenemos que esforzarnos por orar según el espíritu y el estilo de Jesús, animado por los mismos sentimientos y la misma actitud de Jesús ante el Padre.

Lo más original de la oración cristiana proviene del mismo Jesús, que **nos ha enseñado a invocar a Dios como Padre**. La oración del cristiano es un diálogo con un **Dios personal** que está atento a los deseos del corazón humano y escucha su oración. Una meditación que desembocara sólo en un estado de quietud o en una «inmersión en el abismo de la divinidad», no sería todavía encuentro cristiano con Dios, nuestro Padre.

Por eso, **el cristiano no reza a un Dios lejano**, al que hay que decirle muchas palabras para informarle y convencerle. Esa oración, según Jesús, no es propia de sus discípulos'. Nosotros oramos a un Padre que «*sabe lo que necesitamos antes de pedírselo*» (Mt 6, 8). Un Padre bueno, que nos ama sin fin: «*Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que se las pidan!*» (Mt 7, 11). Por eso, **la oración cristiana nunca es fácil, pero siempre es sencilla**. Basta invocar a Dios sinceramente, con corazón de niño. No jugar ante Dios a «ser mayores». Despojarnos de nuestras máscaras y confiar en su amor misericordioso. El se revela, no tanto a los sabios y entendidos, sino a «la gente sencilla» (cf. Mt 11, 25).

**Orar a un Dios Padre no infantiliza**. Al contrario, nos hace más responsables de nuestra vida. No rezamos a Dios para que nos resuelva nuestros problemas. Oramos y vigilamos para fortalecer nuestra «carne débil» y disponernos mejor a cumplir la voluntad del Padre. No se trata de seducir a Dios y convencerle para que cambie y cumpla nuestros deseos. Si oramos es precisamente para cambiar nosotros, escuchando los deseos de Dios. No le pedimos que cambie su voluntad para hacer la nuestra. Pedimos que «**se haga su voluntad**», que es, en definitiva, nuestro **verdadero bien**. Rezamos para escuchar y cumplir con más fidelidad la voluntad del Padre. Así oraba Jesús: «*Padre, ... no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22, 42).

Movido por ese espíritu de fidelidad al Padre, **el discípulo de Jesús se abre al amor universal**. Esta oración cristiana no es una obligación ni un logro humano. Antes que nada es una gracia, un don. **La iniciativa es de Dios**. Él mueve nuestros corazones. Su Espíritu alienta toda oración verdadera. **Sólo podemos orar movidos por su Espíritu** que habita en cada uno de nosotros. Podemos estar atentos a su presencia o no prestarle atención alguna; podemos libremente acoger su acción o rechazarla, pero el Espíritu de Dios está siempre ahí, como «dador de vida» en

cada persona. Para orar bien hemos de escuchar dentro de nosotros mismos al Espíritu de Jesús orando al Padre: «*Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo, que grita ¡Abba, Padre!*» (Ga 4, 6). La oración no es tanto cuestión de conocimiento y técnicas como de **escucha y de atención interior a este Espíritu** que nos atrae hacia Dios.

Nosotros no sabemos rezar bien. Nos falta experiencia; caemos en la rutina. No sabemos qué hacer para orar como conviene. **Es el Espíritu el que puede orientar y transformar nuestra oración**. «*El Espíritu acude en auxilio de nuestra debilidad: nosotros no sabemos, a ciencia cierta, lo que debemos pedir, pero el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos, sin palabras*» (Rm 8, 26). Él nos ayuda a descubrir que Dios está en nosotros. «*Gracias al Espíritu que nos dio, conocemos que Dios está con nosotros*» (1 Jn 3, 24). El nos enseña poco a poco la verdad de Dios. Nos permite acoger e interiorizar su palabra. «*El Espíritu de la verdad os irá guiando en la verdad*» (Jn 16, 13).

**Y siempre buscando el reino de Dios**. El cristiano ora siempre buscando como última realidad el reinado de Dios entre los hombres. «*Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*» (Mt 6, 32-33). Todo ha de quedar subordinado a la acogida del reino de Dios en nosotros y en el mundo entero. Por eso, **nos hemos de preguntar a qué Dios oramos**: ¿a un Dios apático e indiferente ante las injusticias y el dolor humano, o a un Dios que quiere la justicia y el bien de todos? ¿En quién «pensamos» cuando nombramos a Dios? ¿De dónde arranca y hacia dónde nos conduce la oración? ¿Brotó de nuestro egoísmo y nos encierra todavía más en él? ¿Nace de la búsqueda del reino de Dios y nos compromete más en su realización?

La oración es cristiana si es acogida del Dios de Jesús, y no un contacto con la divinidad en general. Pero **el Dios de Jesús es el «Dios de los pobres»**, el defensor de los desvalidos, el que se ha encarnado en él para «*buscar y salvar lo que estaba perdido*» (Lc 19, 10). **No cualquier contemplación es cristiana**. No cualquier búsqueda de Dios es fiel a Cristo, sino aquella en la que se busca al Dios de los últimos. En la oración cristiana se bendice a Dios porque revela su reino a los pequeños, se busca la voluntad de Dios sobre el reino, se da gracias por su crecimiento, se pide perdón por su ausencia. En el centro de esta oración está siempre el Dios de los pobres. En su interior resuena siempre la llamada de Cristo a encontrarlo entre ellos.

**Y oramos desde la vida real de cada día**. No hay que hacer grandes elucubraciones para dirigirse a Dios. Basta presentarnos ante él con nuestro ser. Todo lo que es parte de nuestra vida puede ser punto de partida de una oración de súplica, de acción de gracias, alabanza, queja o petición de perdón.

El creyente no hace de esta oración un instrumento mágico para ir satisfaciendo sus necesidades de forma más fácil. **Su oración es expresión de su confianza total en Dios como último Salvador**. «*El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación*» (Sal 118, 14).